

La crónica de finales del siglo XIX en México

Un matrimonio entre literatura y periodismo

RESUMEN

Este artículo analiza la relación que la crónica mexicana de finales del siglo XIX mantuvo con la literatura y el periodismo, medios que la influyeron transformándola en un género particular y del que todavía hoy en día quedan rastros. Asimismo este texto se apoya de algunas crónicas realizadas por diversos escritores –como Manuel Gutiérrez Nájera, Rubén Darío, Ángel de Campo, entre otros– que participaron en la prensa periódica de la época. El artículo se divide en cuatro partes. En la primera, se especifica la adaptación de la escritura literaria en la prensa; en la segunda se aborda la cuestión de la profesionalización del literato: ¿periodista o escritor?; en la tercera, se reflexiona sobre el rol del cronista y su crónica dentro del contexto político cultural porfiriano; y en la última parte se incluyen algunas conclusiones.

PALABRAS CLAVE: CRÓNICA, PERIODISMO, LITERATURA, SIGLO XIX, ESCRITORES.

ABSTRACT

This article argues that for the late XIX century's literature discourse, Mexican chronicle could be portrayed as outcome of an intertwined marriage between literature and journalism. Not an historical issue as it is still alive today. By focusing on chronicles, attention is paid to authors such as Manuel Gutierrez Najera, Ruben Dario, Angel de Campo, as key writers of the time. The article is divided in four parts. First, attention is paid on the adaptation of the literary writing in the press is specified. Second, the question whether the authors could be considered journalist or writers is considered. Third, it acknowledges the role of the chronicler and its chronicle within the *Porfirian* political and cultural context. Lastly, some conclusions are presented.

KEYWORDS: CHRONICLE, JOURNALISM, LITERATURE, XIX CENTURY, WRITERS.

Recibido el 4 de noviembre de 2010 en la redacción de la *Revista de El Colegio de San Luis*.
Enviado a dictamen el 20 de diciembre de 2010. Dictámenes recibidos el 9 y 27 de enero de 2011.
Recibido en su forma definitiva el 25 de febrero de 2011.

LA CRÓNICA DE FINALES DEL SIGLO XIX EN MÉXICO

UN MATRIMONIO ENTRE LITERATURA Y PERIODISMO

CLAUDIA LÓPEZ PEDROZA*

El último tercio del siglo XIX mexicano se caracterizó por ser un periodo de relativa calma forzada en la política del país. Durante esta época, el presidente Porfirio Díaz gobernaba con mano dura e impulsaba el desarrollo económico de la nación. Precisamente gracias a la estabilidad económica y a la fortaleza política de Díaz, fue posible el surgimiento de un sistema periodístico ligado al régimen que se dedicó a difundir un modelo cultural de modernización e integración al mundo capitalista. El control porfirista se manifestó en todos los dominios de la sociedad mexicana y sus representaciones culturales, específicamente en la literatura y en el periodismo. Sin embargo, fue en este último donde el régimen vio un medio eficaz de sometimiento de sus opositores y una forma de unificación social. Desde este contexto, el artículo tiene como propósito fundamental mostrar cómo el periodismo y la literatura contribuyeron a impulsar el género de la crónica de fines del siglo XIX. Asimismo, se analizan las dificultades que atravesaron los escritores para adaptarse al periodismo y la manera en que adecuaron su escritura para subsistir, hacer reconocer su creación artística y tener autoridad escritural. El artículo se divide en cuatro partes. En la primera, se especifica la adaptación de la escritura literaria en la prensa; en la segunda, se aborda la cuestión de la profesionalización del literato: ¿periodista o escritor?; en la tercera, se reflexiona sobre el rol del cronista y su crónica dentro del contexto político cultural porfiriano; y en la última, se incluyen algunas conclusiones.

ADAPTACIÓN DE LA LITERATURA AL PERIODISMO

La expansión de la prensa como industria se desarrolló precisamente al final de la centuria, destacándose algunos diarios como *La Patria* (1877-1914), *El Nacional* (1880-1900), *El Diario del Hogar* (1881-1912), *El Tiempo* (1883-1912), *El Monitor* (1885-1893), *El Partido Liberal* (1885-1896), *El Hijo del Ahuizote* (1885-1902), *El*

* Investigadora del Programa de Estudios Literarios de El Colegio de San Luis.

Universal (1888-1901), *El Mundo Ilustrado* (1895-1914), *El Imparcial* (1896-1914), *Revista Azul* (1894-1896) y *El Mundo* (1896-1906), entre otros. Gracias al empuje que se le dio al periodismo, la institucionalización del discurso literario vino a des-puntar, abriendo el paso con ello a un incipiente interés del público por cuestiones literarias. En Europa, el discurso literario logró su institucionalización gracias al desarrollo del mercado editorial y a la educación de la población. Por ejemplo, el éxito de la novela en Francia y en Inglaterra se debió al incremento del público lector. En cambio, en América Latina ese proceso fue desigual, la literatura dependió de otras instituciones (la prensa, esencialmente) para existir (Ramos, 2003: 84). En México, la influencia del periodismo sobre el género de la novela fue más notoria que en el resto de los países latinoamericanos (González, 1951: 36). Por un lado, la expansión del periodismo finisecular vino a quitarle a la novela algunas de sus antiguas funciones, por ejemplo: la informativa, la testimonial, la de denuncia social. Por otro lado, fue el semillero donde se incubaron un gran número de novelas¹ y donde los escritores (desde Fernández de Lizardi hasta Gregorio López y Fuentes) se convirtieron en periodistas más o menos profesionales.

El desequilibrio entre lo que era la producción literaria y la posibilidad de encontrar lectores formó parte de una preocupación latente entre los escritores mexicanos. Sin embargo, más que el problema de la falta de público, lo que ellos constataron fue que era más fácil publicar sus textos literarios en los periódicos que conformar un libro cuya realización implicaba un costo elevado y una venta difícil en el mercado nacional. Para los escritores, la prensa tenía entonces una doble importancia: primero, mediar entre los libros y el lector, ya fuera con la crítica, ya con la noticia de las obras; y segundo, convertirse en el lugar de producción de la literatura.

Pese al reducido número de lectores, estos llegaron a determinar en buena parte la orientación de las publicaciones en una ciudad cuya población se incrementaba y comenzaba a despertar al desarrollo económico y a cambiar con las nuevas vías de comunicación. La función de hacer descubrir, reconocer, describir e informar sobre la ciudad fue entonces atribuida a los escritores. Hacia la última década del siglo, Manuel Gutiérrez Nájera, Carlos Díaz Dufoo, José López Portillo y Rojas, Rafael Delgado, Victoriano Salado Álvarez, Francisco Sosa, Amado Nervo, Luis G. Urbina, Federico Gamboa, Ángel de Campo, Heriberto Frías, José Juan

¹ Ejemplo de novelas publicadas en las páginas de los rotativos: *Clemencia* (1869) y *La Navidad en las montañas* (1871), de Ignacio Manuel Altamirano; *Ensalada de pollos* (1869-1870), de José T. de Cuéllar; *Nieves* (1886), de José López Portillo y Rojas; *El donador de almas* (1899) y *El bachiller* (1895), de Amado Nervo; *La Rumba* (1890-1891), de Ángel de Campo; *La capilla de los álamos* (1893), de Manuel Covarrubias, por solo mencionar algunas.

Tablada, Rubén M. Campos, Alberto Leduc, Ciro B. Ceballos, Bernardo Couto y Balbino Dávalos se encargaron de narrar en las páginas de la prensa la historia de una sociedad que iniciaba su metamorfosis.

Los periódicos fueron entonces tomando parte activa, de modo creciente, en la vida social, informativa y comercial del país. En el área de la información, se registró un gradual y ascendente desarrollo tecnológico; por ejemplo, si antes las noticias de Europa tardaban meses en darse a conocer en América, a partir de este periodo la comunicación fue cada vez más expedita; el país se había integrado rápidamente al sistema telegráfico y telefónico.² La publicidad también ocupó un lugar importante en los diarios. Era frecuente observar en la última página de cada número –la mayoría de los periódicos contaban sólo con cuatro páginas– anuncios concernientes a las actividades de importación y de exportación, lo que explica la importancia de estos en la difusión de los nuevos productos. En este sentido, según Rafael Pérez Gay, los periódicos se convirtieron en una institución para el mismo lector porque eran muy eficaces para informar sobre todo tipo de novedades. En consecuencia, se transformaron en “la representación del espacio público” (Pérez Gay, 1996: XXIV).

Frente a esta realidad, la literatura tuvo que abrirse paso entre las revistas y los diarios. Además, estuvo obligada a competir con los editoriales sobre política, información gacetillera y anuncios comerciales para encontrar un espacio en las publicaciones. Finalmente, la literatura debió enfrentarse con otro rival: el reportaje, el cual había aparecido con el vertiginoso cambio de la urbe y proporcionaba la noticia de último momento. El literato –de cara a esta competencia reporteril– encontró en el género de la crónica el espacio que le permitió informar al público y, al mismo tiempo, proceder a su propia creación literaria. Esta función de la crónica hizo que el hombre de letras entrara en una lucha constante con el *reporter*. Esta competición entre el literato y el *reporter*, así como entre la crónica y el reportaje, se intensificó entre 1875 y 1895.

La literatura finisecular dependió de la prensa para su distribución. Sin embargo, esto no impidió que algunos escritores –incluso en los periódicos– mostraran su insatisfacción contra el uso de la escritura que el periodismo había instituido. Ellos le atribuyeron incluso un rol importante en la crisis que atravesaba la literatura. A este respecto, Justo Sierra señaló que la prensa escrita era un obstáculo para la

² Según Belem Clark, el sistema telegráfico fue inaugurado en México en 1853 y hacia finales del siglo ya se contaba con un cableado de 40 000 kilómetros. En cuanto a la instalación del teléfono, la primera línea fue establecida en 1878, entre el Castillo de Chapultepec y el Palacio Nacional; y en 1880 se instalaron los primeros teléfonos privados (Clark de Lara, 1998: 37-38).

edición de libros y acarrea una disminución en la creatividad literaria: “El periódico [es el] matador del libro (el matador de *Notre Dame*), que va haciendo de la literatura un reportazgo, que convierte a la poesía en el análisis químico de la orina de un poeta [...]” (Sierra, 1948: 75). Por su parte, Ángel de Campo mencionó la reducida producción de libros y las condiciones económicas difíciles en las que los escritores debían enfrentarse para publicar un libro:

A medida que el periodismo se ensancha, la producción del libro disminuye en esta capital, donde la gente de pluma, más bien, la carne, de prensa no forma ni media compañía y se refugia por razones pecuniarias en las redacciones; [el literato] quien se recoge para formar un libro, comete una heroica pero improductiva empresa (Campo, 5 de marzo de 1896: 1).

Sierra y De Campo señalaban en efecto que el periodismo ocasionaba la decadencia de la edición de libros, lo que provocaba repercusiones para el escritor y su actividad creadora. Igualmente, Manuel Gutiérrez Nájera deploraba que el telégrafo y el *reporter* contribuyeran a transformar la prensa en un medio más comercial:

En esta vez, como en muchas, el telégrafo ha mentido. Ese gran hablador, ese alado y sutil *reporter*, no espera a que la noticia se confirme para transmitirla. [...] y no repara en los males que pueden producir sus balbuceos, sus equivocaciones, su mala ortografía. Es industrial, comerciante. [...] El telegrama no tiene literatura, ni gramática, ni ortografía. Es brutal (Gutiérrez Nájera, 1943: 55).

Estos tres escritores remarcaron los problemas a los que se enfrentaron para llevar a cabo su trabajo. Denunciaron el engrandecimiento de la prensa comercial en detrimento del libro, el papel del *reporter* y de su desempeño más comercial que literario, y la inestabilidad en la que se movían para cumplir sus tareas cotidianas.

Los escritores del final del siglo XIX ejercieron su profesión en un contexto comercial, pero tuvieron poco apoyo institucional para lograr acceso a un mayor número de lectores.³ Fue entonces que pidieron la intervención del gobierno para que ayudara en el desarrollo de la producción literaria. Así lo propuso Manuel Gutiérrez Nájera en 1881: “Ahora pues, que la paz se ha cimentado y que la prosperidad comienza para

³ En México, de acuerdo con Florence Toussaint, hacia 1895, se puede hablar de una élite que sabía leer y escribir y que posiblemente era consumidora de publicaciones periodísticas. Este grupo constituía apenas 14% de los casi 13 millones de habitantes del país (Toussaint, 1988: 53).

México, es indispensable que el gobierno atienda con medidas justas y discretas al desenvolvimiento de las ciencias y las letras” (Gutiérrez Nájera, 2003: 376).

Pese a las quejas, los escritores tuvieron que adaptarse a las exigencias de la prensa (medio en gran parte subsidiado por el régimen porfirista) para continuar escribiendo. Se adaptaron a la mecanización, a la homogenización y a la uniformidad impuesta por los periódicos. Debieron igualmente habituarse a trabajar cotidianamente y en la urgencia, aceptar un salario poco elevado y que su actividad fuera vista como un producto más en el mercado, y conformarse a la exigencia de informar y de asumir la información como un objeto privilegiado de su reflexión. A pesar de estas imposiciones, los escritores lograron (re)escribir la información publicada en la prensa, lo que dio como resultado la publicación de textos más estilizados.

La crónica de la época, como trabajo de (re)escritura, se convirtió en una forma periodística y paralelamente literaria de la cual los escritores se valieron (con la estilización del discurso) para diferenciarse de los *reporters*. De ahí “la perfección del estilo” que muchos de ellos intentaron alcanzar para distinguir su trabajo de aquel de los nuevos profesionales del periodismo. El estilo significó un elemento específico de lo literario en la época, con frecuencia en oposición a los lenguajes desprovistos de originalidad y mecánicos de la modernización periodística. Pese a las críticas de los escritores, la relación entre periodismo y literatura no fue precisamente negativa. El periódico representó una de las posibilidades de la modernización literaria, aunque también marcara sus límites. En este sentido, según Susana Rotker, el resultado de esta simbiosis fue la emergencia de un nuevo “género donde comunicación y creación, información, presiones externas y arte parecían reñidas, pero terminaron encontrando en las crónicas su espacio de resolución” (Rotker, 2005: 116). Pero, ¿quién fue precisamente el redactor de la crónica: el periodista o el literato?, ¿representaron estos una misma profesión?

EL HOMBRE DE LETRAS Y EL PERIODISTA: ¿UNA MISMA PROFESIÓN?

La modernización de la mayoría de los países de América Latina trajo consigo una división del trabajo material que condujo a la especialización de diferentes zonas económicas. Por lo que concierne al literato, la modernización modificó su estatus haciéndolo más precario. En el caso de México, antes, los escritores podían fácilmente entrar a la función pública (al Congreso, a la administración del Estado, a la

milicia, a la educación o a la prensa), pero, poco a poco, en la ciudad modernizada, esta función se redujo y pasaron a desempeñar el ejercicio de escritor.

Durante buena parte de la centuria, la actividad literaria no constituyó una profesión. En este sentido, en 1838 se había promulgado una ley en la que se obligaba al pago de una cuota a todas las profesiones y ocupaciones lucrativas. Sin embargo, esta ley no incluía el oficio de escritor. Si bien hubo otro decreto en 1842 y otra ley en 1846, relacionados con este asunto, ninguna de estas modificaciones contempló la actividad literaria.⁴ Los escritores fueron excluidos de los padrones políticos y fiscales, por consecuencia, no fueron tomados en cuenta en las estadísticas. En otros términos, la actividad literaria no era un oficio. No fue sino hacia el final del siglo XIX que comenzó a tomarse en cuenta la profesionalización del oficio de escritor, aunque en muchos casos haya sido mal recompensado. Sobre este asunto, Ángel de Campo expresó su descontento con respecto a los escritores (como Manuel Gutiérrez Nájera) que realizaban una labor literaria y que esta no les era correctamente remunerada:

La obra más difícil, esa literatura frágil, irisa, cambiante y caprichosa de los domingos; esa literatura sutil y blanda como encaje, suavemente perfumada como flor de invernáculo, con matices delicados, es la que menos se paga, es la que menos se amerita, por un público que es conoedor y ríe y prefiere el chiste popular de Taboada y las crónicas de barbería, cargadas de oro y azul cursis (Campo, 2 de febrero de 1896: 1).

La mayoría de los escritores no pudieron vivir de su pluma, concretamente de sus obras. No tenían una existencia independiente. Las circunstancias sociales los llevaron de una resistencia agitada, juvenil, frente al mundo, a la búsqueda de un empleo oficial (Gutiérrez Giradot, 1987). Numerosos escritores practicaron la labor de periodistas, algunos también fueron empleados de gobierno de diverso rango o diplomáticos en puestos en el extranjero: Manuel Gutiérrez Nájera, Ángel de Campo, Amado Nervo, Luis G. Urbina, Ignacio Altamirano, entre otros. Entre los literatos extranjeros que ejercieron tales funciones, podemos citar a Julián del

⁴ Según José Ortiz, en 1842, el gobierno decretó la Contribución sobre profesiones y ejercicios lucrativos, en la cual se incrementaba el número de profesiones que debían pagar el impuesto mensual. Sin embargo, los escritores y los periodistas escapaban a la nueva medida, "sin duda, por ser escasísimos los recursos que podrían proporcionar". Asimismo, en 1846 se promulgó la ley sobre el nombramiento de electores para el Congreso, en la cual se designaban las diputaciones conforme a las aportaciones hechas por ciertas clases sociales o profesiones; pero, nuevamente, los escritores no aparecían en la lista, ya que este término era aplicado a las personas que cursaban estudios universitarios (Ortiz, 1996: 325).

Casal, quien fue escribiente de Hacienda; José Martí y Rubén Darío, que ocuparon cargos diplomáticos; así como José Asunción Silva. Julio Herrera y Reissig fue empleado en la inspección de enseñanza secundaria, lo mismo que Leopoldo Lugones, quien en su juventud trabajó en el correo.

Ángel de Campo, en una de sus crónicas, señaló que el ejercicio de una profesión (médicos, notario, agrónomo, etcétera) o la práctica de actividades científicas no eran completamente incompatibles con otras actividades totalmente diferentes. Así, él se preguntaba irónicamente sobre la posibilidad de que un profesional desarrollara otra actividad, por afición, sin que esto fuera percibido como un escándalo:

¿Por qué si un notario tiene esa gracia ha de ser mal oído ejecutando la *María*, de Jorge Isaacs (nocturno en re menor), en el corno inglés? [...] Y todo esto, ¿le quita la ciencia al uno y el sueño al otro? Ya hemos visto en *Quo vadis* y hasta en el extranjero que sí se puede repicar y ver la procesión desde la barrera, y que lo cortés no quita lo comunicativo (Campo, 19 de mayo de 1901: 1).

Las condiciones variables que afectaban la profesión de escritor y su horizonte intelectual –el cual sobrepasaba su ámbito de vida– afinaron la sensibilidad poética de los escritores. Sin embargo, a pesar de su deseo de constituirse como un grupo de hombres independientes, fueron considerados como inestables y dependientes del gobierno en turno, de los hombres políticos y de los directores de periódicos. Así, algunos de ellos redactaron discursos y proclamas, al mismo tiempo que intentaban satisfacer las exigencias del público, aunque a menudo ignoraban sus gustos.

El desencanto que sufrieron los escritores para llevar a cabo su labor creativa fue consecuencia de la nueva era industrial que dominaba la vida cotidiana, imponiendo un sistema económico que transformaba a los hombres en esclavos de sus propias necesidades. Para sobrevivir en la sociedad burguesa, los literatos debieron evolucionar; en otras palabras, debieron entrar en el mercado. Según Ángel Rama, era evidente que el escritor no tenía su lugar en la sociedad utilitarista que se imponía. Esta sociedad, que privilegiaba la economía y el uso racional de todos sus elementos para fines productivos, destruía “la antigua dignidad que le otorgara el patriciado al poeta” y lo vilipendiaba como “una excrecencia social peligrosa” (Rama, 1970: 49-68). En este sentido, Ángel de Campo señaló en una de sus crónicas la denigración de la que era víctima el escritor: “[...] ser literato, aun para gentes que se dicen de talento y amplia cultura, equivale a ser un pillo, un holgazán, un

inepto sin garantías, sin porvenir (en esto no se engañan) y sin utilidad de ningún género” (Campo, 14 de febrero de 1896: 1).

Frente al mundo cambiante y cada vez más mercantil, el hombre de letras se integró a la sociedad como intelectual. La ley de la oferta y la demanda impuesta por el mercado también se le aplicó, lo que lo llevó a consagrarse al periodismo. Los periodistas, algunas veces llamados cronistas, se encargaron de elaborar una gama de textos intermediarios, entre la información simple y el artículo doctrinario o editorial, a saber: notas amenas, comentarios sobre la actualidad, crónicas sociales, crítica de espectáculos teatrales y circenses, en ocasiones, comentarios de libros, perfiles de personajes célebres o artistas, y descripciones de viaje. Entre esos cronistas podemos citar a Enrique Gómez Carrillo y José María Vargas Vila, pero igualmente a Manuel Gutiérrez Nájera, Ángel de Campo, Julián del Casal, José Martí y Rubén Darío, entre otros.

Los literatos desempeñaron el periodismo no como vocación, sino como un medio de subsistencia, ya que la sociedad necesitaba más periodistas que “poetas”. La metamorfosis del escritor en periodista no era nueva. Según Rama, esta evolución formaba parte de la “empresa histórica de la burguesía”, ya que los diarios habían surgido y adquirido su esplendor con el acceso de esta clase a los negocios:

Más que el libro, [el periódico] es su instrumento de acción intelectual y a su servicio pone en América Hispana a los escritores en tanto va forjando por un avance de la especialización a los periodistas propiamente dichos. Es sabido que los poetas no se alegraron con esta transformación; vieron en su trabajo una imposición económica, frecuentemente un mero ganapán, a veces un *ersatz* de gloria bajo la apariencia de la publicidad volandera que su nombre o seudónimo le conquistaba en el lector (Rama, 1970: 68-69).

Si bien los escritores encontraron en la prensa una fuente de empleo y un espacio de producción literaria, fue también en esta que encontraron sus desafíos. Uno de sus retos fue acoplarse al ritmo de los cambios sociales y económicos de la modernidad, por lo que buscaron en la crónica inscribir esas modificaciones. Los literatos, con la investidura de cronistas, constataron entonces entre las hojas doctrinarias y los diarios modernos las transformaciones surgidas en la vida cotidiana, y vieron aparecer la información gráfica en detrimento de la palabra escrita. Asimismo, los cronistas vivieron en carne propia su desplazamiento progresivo dentro de la prensa por el nuevo especialista de la información: el *reporter*. Ante esta situación, algunos escritores externaron sus puntos de vista. Por ejemplo, Gutiérrez Nájera consideró

que los *reporters* no eran escritores y los designó como responsables del retroceso de la literatura en relación con el periodismo. Así, como cronista, Gutiérrez Nájera comentó este nuevo contexto:

La crónica, señoras y señoritas, es, en los días que corren, un anacronismo. [...] La crónica –venerable Nao de China– ha muerto a manos del *reporter*. La pobre crónica, de tracción animal, no puede competir con esos trenes relámpago. ¿Y qué nos queda a nosotros, míseros cronistas, contemporáneos de la diligencia, llamada así gratuitamente? (Gutiérrez Nájera, *apud* Monsiváis, 2001: 39).

Por su parte, Ángel de Campo narró en uno de sus textos cómo el *reporter* era percibido, dejando entrever la manera en que la sociedad lo valoraba.

–Por ese brillante y conceptuoso artículo,/ Señor, me han hecho comer doble de todo... Y al salir se empeñaron en abrigarme con una mascada./ –¿Y qué tiempo lleva Ud. de *reporter*?/ –¿Yo? No soy *reporter*./ –¿Pues qué es Ud.?/ –Relojero./ –Yo creo que si no lo he dicho en el cuarto escalón, bajo la escalera de cabeza. (Campo, 13 de agosto de 1899: 1).

Si analizamos estas dos citas, verificamos que existe una diferencia en la apreciación que se tiene del *reporter*. En este sentido, vale preguntarse ¿por qué entre ambos autores se marca una divergencia al respecto? Por un lado, el texto de Nájera se escribió en 1880, cuando esta nueva profesión comenzaba a integrarse en la prensa. Esta acción provocó una ola de descontentos por parte de los hombres de letras, quienes intentaban conservar un lugar preponderante en los periódicos (en particular, como cronistas) y constataron que poco a poco el *reporter* los iba desplazando de su rol predominante. Por otro lado, el texto de Ángel de Campo, escrito en 1899, ya hacía hincapié claramente en el lugar cada vez más importante del *reporter* en los diarios, así como su aceptación en la sociedad.

No se debe olvidar que en este periodo el periodismo sensacionalista estaba enraizándose y respondía a la demanda de un público popular. Según Ángel Rama, el periodismo moderno estableció un vínculo entre el periodismo de tipo estadounidense y el público poco cultivado que comenzaba a mostrarse interesado por “los bienes culturales” y por los temas sensacionalistas tratados por el *reporter* (Rama, 1970: 71). Cabe señalar que durante esta época dos conceptos antagónicos del periodismo se confrontaron: uno de origen francés y otro de origen estadounidense. Por un lado, la prensa francesa, cuyo modelo existía desde mediados del siglo XIX, privilegiaba

los artículos editoriales y los comentarios doctrinales. Este tipo de textos constituían una herramienta de comunicación de las clases privilegiadas de la sociedad. Por otro lado, la prensa de Estados Unidos prefería los textos informativos, más breves, rápidos y entretenidos, en detrimento de los textos consagrados al análisis de los problemas cotidianos. Estos artículos informativos eran publicados en los periódicos que se dirigían a las clases populares. Sobre este tema, el escritor Rubén Darío subrayaba la supremacía del periodismo estadounidense: “Los que han impulsado por este camino el periodismo actual son los yanquis. Ellos, por su mercantilismo y por su aprecio del tiempo, han hecho que el telegrama se anteponga al editorial; han establecido el reinado de la información sobre la doctrina” (Darío, 1950: 122).

Así, los hombres de letras se fueron poco a poco metamorfoseando en periodistas y debieron afrontar las dificultades específicas de la escritura que derivaban del nuevo estilo de comunicación. Los escritores debieron adaptarse a la necesidad de escribir rápido, impuesta por las redacciones de los periódicos, además de atender a las demandas de sus jefes y el público. Fue así que el estilo literario pasó a un segundo plano. Los hombres de letras se vieron obligados a comunicarse con lectores poco ilustrados, a remplazar el tono serio por un estilo divertido, fácil de comprender, con el fin de cautivar la atención del público.

Muchos escritores intentaron distinguirse del periodista (desde su punto de vista, encarnado por el *reporter*). En este sentido, Susana Rotker cita como ejemplo el periódico argentino *La Nación* (1889),⁵ que hacía la diferencia entre la actividad literaria y el periodismo: “Las cualidades esenciales de la literatura son la concisión vigorosa, inseparable de un largo trabajo, la elegancia de las formas [...]. El buen periodista, por el contrario, no puede permitir que su pluma se pierda por los campos de la fantasía” (Rotker, 1992: 109). De igual manera, Rubén Darío pensaba que el periodista escribía de forma mecánica. Afirmaba que el hombre de letras, en cambio, proponía una escritura de calidad, llena de estilo:

La tarea de un literato en un diario, es penosa sobremano. Primero, los recelos de los periodistas. El *reporter* se siente usurpado, y con razón. El literato puede hacer un reportaje: el *reporter* no puede tener eso que se llama sencillamente estilo. [...] En resumen: debe pagarse [...] al literato por calidad, al periodista por cantidad: sea aquella de arte, de idea; esta, de información (Darío, *apud* Rotker, 1992: 114).

⁵ Según Julio Ramos, *La Nación* de Buenos Aires –fundado en 1870 por Bartolomé Mitre– fue “sin duda, el periódico más moderno y modernizador de la época, donde tanto Martí como Darío, entre otros, publicaron gran parte de sus crónicas” (Ramos, 2003: 95).

Asimismo, el autor español Manuel Bueno describió al escritor como un hombre cultivado. Pero, luego de pasar los primeros días en la redacción de un diario, este mismo individuo era pervertido por los clichés y el uso de frases banales. Bueno puso en evidencia las divergencias existentes entre el literato y el periodista.

En las redacciones de los periódicos, cuando asoma un escritor con ideas, un poco culto y dotado de cierta pulcritud de léxico, suele decirse de él con una reticencia desdenosa: es un literato. Luego, andando el tiempo, cuando aquel escritor ha contraído cierta anquilosis mental que le cohibe para ver el espectáculo vario del universo, cuando su pensamiento tropieza espontáneamente con el tópico y la frase hecha, y avillana del todo el estilo con la descripción sistemática de la estepa y los sucesos pedestres que ocurren en nuestra sociedad, entonces acabamos por decir de él: “es un periodista” (Bueno, *apud* Acosta, 1973: 89).

En efecto, existía ciertamente un antagonismo entre el periodismo derivado de la competencia instaurada por el surgimiento de nuevas “autoridades escriturarias” y la pugna de los intelectuales tradicionales –en el sentido gramsciano–⁶ contra los escritores del nuevo mercado de la información (Ramos, 2003: 103). En otros términos, la escritura (en la prensa) cesó de ser una elaboración literaria para especializarse en la forma periodística. Los artículos informativos (su producción, así como su corrección y su disposición en los periódicos) aparecieron en una forma más simplificada en cuanto a su contenido. Hubo también una tendencia a sustituir de las primeras jerarquías de los diarios a los grandes escritores y emplear a un personal meramente administrativo. Se contrató a redactores que, de acuerdo con indicaciones de la editorial, trabajaran para los intereses privados de la empresa.

En general, como ya lo mencionamos, las dos razones principales que condujeron a los escritores al periodismo –y que son en cierta medida válidas hoy en día– fueron la economía y el deseo de darse a conocer. El obtener una suma de dinero a cambio de sus servicios no fue su única motivación. El deseo de salir del

⁶ En el mensaje de Gramsci existe la idea que la organización de la cultura está “orgánicamente” ligada al poder dominante. Lo que define a los intelectuales, no es tanto el trabajo que ellos hacen, sino el rol que ellos tienen dentro de la sociedad; esta función es siempre, más o menos conscientemente, una función de “dirección” técnica y política ejercida por un grupo –sea el grupo dominante, sea otro que tienda hacia una posición dominante: “Todo grupo social, que nace en el campo de una función esencial en el mundo de la producción económica, crea, al mismo tiempo, orgánicamente, una o más capas de intelectuales que le aportan homogeneidad y consciencia de su propia función, no sólo en el dominio económico, sino también en el social y el político” (Gramsci, 1978: 309 traducción propia, del francés).

círculo exclusivo de lectores de libros para hacerse de un público más vasto fue igualmente primordial. En su mayoría, los escritores fueron conscientes de que la prensa era, en definitiva, el único medio para darse a conocer. Sin embargo, en algunos casos, un tercer aliciente prevaleció: la aspiración a un trabajo cultural o político eficaz, el imperativo moral de predicar sus ideas a sus conciudadanos desde la tribuna pública que representaba la prensa. Los literatos debieron sobrevivir en este nuevo mundo de fin de siglo caracterizado por el progreso. Además de sus diversas actividades para poder subsistir, los escritores recurrieron a otra fuente de ingresos, que en el caso de México fue implantada para que algunos periódicos –oficiales o sostenidos por el régimen de Díaz– y algunos hombres de letras pudieran mantenerse: el subsidio gubernamental. Fue así que Gutiérrez Nájera intentó concienciar al gobierno de Porfirio Díaz que la carrera literaria debía ser sostenida y protegida para que pudiera desarrollarse. Él declaró: “[...] deben venir a socorrernos las acertadas disposiciones del gobierno” (Gutiérrez Nájera, 2003: 377).

Así, pese a las recriminaciones de los escritores contra los *reporters*, un periodismo literario pudo surgir. Gracias a la intervención de artistas excepcionales, la actividad periodística pudo ser considerada como más digna. Según José Olivio Jiménez, el resultado fue la aparición de la crónica como género nuevo en las letras hispanoamericanas (Jiménez, 1987: 544). No hay duda de que el auge del periodismo al final del siglo XIX trajo como consecuencia el desarrollo de la crónica cuya elaboración se inscribía esencialmente en las circunstancias precisas. Según Jorge Ruffinelli, estas circunstancias determinaron el carácter fortuito de los temas tratados por la crónica, lo que la distinguió de otros géneros. En este sentido, debido a su naturaleza circunstancial inscrita en lo cotidiano, el género encontró en la prensa un medio de difusión adecuado (Ruffinelli, 1985: 2).

Muchos de los escritores de esta época percibieron la crónica como el espacio ideal para integrarse al nuevo mundo del periodismo, y algunos de ellos (a pesar de sus reticencias frente a este medio de comunicación) fomentaron nuevas formas de periodismo, con lo que contribuyeron a modernizarlo. Lograron “informar”, lo cual ya constituía un ejercicio diferente, incluso en contradicción con los objetivos puramente artísticos de la literatura. En otras palabras, gracias al trabajo de los cronistas, la información se integró a las tareas profesionales de los escritores. La crónica no estuvo entonces al margen de las leyes del mercado ya que fue precisamente en su seno que se iniciaría la profesionalización del escritor.⁷ Esta forma de

⁷ Adolfo Castañón, citando las palabras de Amado Nervo, aclara que la profesionalización no aseguraba la independencia profesional e intelectual de los escritores: “Trátese evidentemente de otra profesionalización, la que

colaboración literaria constituyó, para la prensa, un medio ventajoso para hacer publicidad, y significó, para el escritor, un espacio de consolidación artística que le permitió conformar poco a poco lo que sería su obra creativa. Ahora bien, podemos preguntarnos cuáles fueron las labores y la función de los cronistas frente a este contexto político socio-cultural.

LA TAREA DEL CRONISTA FINISECULAR: ¿MOSTRAR LA ESTABILIDAD DEL PAÍS?

En América Latina, hasta el último cuarto del siglo XIX, la relación entre la literatura y la vida pública no había sido problemática. El ejercicio de la escritura en las sociedades recientemente liberadas significaba una experiencia racionalizada, autorizada por el proyecto de consolidación del Estado. Al Estado le inquietaba, en menor medida, la producción literaria; y los escritores, en calidad de fundadores y reformadores de instituciones, eran libres. En efecto, los literatos se preocuparon más por la emancipación política que por las revoluciones literarias, lo que significó que su legado haya sido más político que literario (Castañón, 1993: 20).

En 1876, los escritores mexicanos mantuvieron aún –hasta cierto punto– la inclinación a mezclarse en los asuntos políticos, e incluso a criticarlos. En los primeros años del gobierno del presidente Porfirio Díaz, la posición de los hombres de letras era tolerada, pero estrechamente supervisada por el Estado. Uno de los periódicos de la época, *La Libertad. Periódico, científico y literario* (1878-1884) –donde colaboraban jóvenes escritores como Francisco Cosmes, Eduardo de Garay, Justo y Santiago Sierra, Telésforo García, entre otros– fue el portavoz de las esperanzas del pueblo concerniente al nuevo líder nacional. Así, en 1878, el diario publicó un artículo cuyo encabezado interpelaba a la opinión pública sobre la capacidad del partido en el poder para resolver los problemas del país: “¿Podría hoy alguno de los partidos derrotados dar mayor tranquilidad al país, mejores garantías al derecho individual, esperanzas más lisonjeras a las aspiraciones públicas que el gobierno existente?” (Pérez Gay, 1996: XXVI). A través de esta cuestión, los hombres de letras expresaban su esperanza de que Porfirio Díaz fuera un gobernante pacificador y suficientemente inteligente para

hacia sentir la carencia en México ‘de un nivel intelectual que permita al literato pensar, escribir, y publicar sus producciones sin tener que ser empleado ni periodista ni agregado de algún rico’, pues, mientras no exista tal nivel, ‘no tendremos sino lo que tenemos hasta el día: jóvenes que escriben por el placer de escribir, de labrar exquisiteces y de esmaltar frases’” (Castañón, 1993: 28-29).

escuchar la voz de la razón, que no ignorara a la prensa y que estableciera el orden, condición necesaria para asegurar la prosperidad del país.

Así, la prosa escrita durante esos años se dio en un contexto de celebración, de alegría y de pasión intelectual ligadas a la llegada de elementos modernos que Díaz había comenzado a imponer en la capital mexicana. *La Libertad...* se siguió publicando hasta 1884 con el subtítulo *Orden y Progreso*. En ese periodo, colaboraban en el periódico Ignacio Manuel Altamirano, José T. de Cuéllar, Francisco Bulnes, José Manuel Betancourt, Francisco Cosmes, Aurelio Orta, Porfirio Parra, Justo Sierra y Manuel Gutiérrez Nájera, entre otros. Todos ellos contribuyeron a la realización de un tipo de catálogo de la vida cotidiana de esta época y de guía de los gustos del momento. Gracias a las subvenciones otorgadas por Porfirio Díaz, estos autores lograron temporalmente vivir de su trabajo en las redacciones.⁸ Cabe remarcar la participación en este diario de Gutiérrez Nájera, quien con sus crónicas (*Crónicas de lluvia*, *Crónicas de humo*) representó la moral porfiriana –más tarde continuarían con esta tarea otros autores como Ángel de Campo–. Manuel Gutiérrez Nájera, a su vez, resumía el espíritu de su tiempo al vanagloriar a la burguesía y la industrialización naciente, describiendo los descubrimientos científicos en el mundo y las exploraciones geográficas.

Hacia 1888, el régimen se hizo autoritario, los diarios eran cada vez menos libres, los que criticaban al gobierno se arriesgaban a la persecución, la cárcel y la confiscación de imprentas. Díaz controlaba la prensa a través de dos medios: el patrocinio directo y la vía legal. El primero atrajo a una gran parte de los escritores y el segundo terminó con la ley de imprenta establecida en 1868.⁹ Una disposición implantada durante el gobierno de Manuel González, en 1883, puso a los escritores a la disposición de los tribunales del orden común. Sin embargo, las subvenciones acordadas a los periódicos fueron, sin duda, la manera más eficaz de controlar los escritos concernientes a Díaz.

Al final de la centuria, la aplicación de la ley mordaza trajo como consecuencia el cierre de imprentas y persecuciones reiteradas contra los periodistas, terminando incluso en su encarcelación o en su exilio. Al mismo tiempo, este ambiente represivo propició agresiones físicas y homicidios perpetrados por las autoridades locales seguras de su impunidad (Camarillo, 2005: 158). Podemos encontrar, en periódicos y en libros publicados en este periodo, varios testimonios sobre estos abusos. Citemos por

⁸ Moisés González Navarro, citando a Francisco Bulnes, menciona que durante la restauración de la República, 12% de los intelectuales eran subvencionados por el Estado. Diez años más tarde, en 1886, el porcentaje pasaba a 16%. Al inicio del siglo XX, 70% de los intelectuales vivía gracias a los subsidios del Estado (González Navarro, 1957: 388).

⁹ Según Rafael Pérez Gay, esta ley establecía jurados especiales para calificar los delitos de imprenta, lo cual permitió a la oposición una relativa independencia del poder judicial (Pérez Gay, 1996: XXXII).

ejemplo el relato por entregas del exterminio de los indígenas tomoches sublevados en Chihuahua (1893) y las “Crónicas desde la cárcel” (1895) escritos en *El Demócrata* por Heriberto Frías. En su texto sobre los tomoches, Frías narra cómo los hombres del presidente masacraban a los indígenas. En las crónicas, relataba la vida cotidiana en la prisión de Belem y denunciaba los malos manejos de la cárcel. Otro testimonio significativo fueron los editoriales de *El Globo*, periódico del director Carlos Rougemagnac cuyas críticas se focalizaban en los métodos de acoso empleados para doblegar a los editores y escritores (por ejemplo, el retraso en las remesas postales a suscriptores y agentes foráneos, el hostigamiento por parte del gobierno hacia las casas comerciales que anunciaban en la prensa de oposición, etcétera). La precariedad de los periodistas independientes fue igualmente denunciada: citemos *Filomeno Mata, su vida y su labor* (editado solamente hasta 1945), libro en el que Luis I. Mata reveló los encarcelamientos abusivos que soportara su padre Filomeno Mata, quien se oponía al régimen de Díaz:

1893 llega a su fin y para ese año ya lleva don Filomeno Mata 45 ingresos a la Cárcel de Belem. Es el número del último día del año, *El Diario del Hogar* publica el retrato de los dieciocho redactores de diversos periódicos opositoristas, presos en las mazmorras infectas de Belem... y el director, en un supremo anhelo y con enorme optimismo, publica un artículo bajo la siguiente cabeza: “Patriotas, tened fe”, dedicado “A los que sufren por la violación del derecho, a los que lloran por la muerte de la República” (Mata, *apud* Camarillo, 2005: 160-161).

La censura se aplicó con mano firme agudizándose sobre todo durante las sucesivas elecciones de Porfirio Díaz. No toda la prensa aceptó el discurso empleado, centrado sobre la paz y el progreso, para seducirla como lo mostraron las críticas que fueron expresadas en diferentes periódicos: *El Demócrata*, *La Oposición*, *La República Mexicana*. Los gobernadores locales y dirigentes de diarios ejercieron su libertad de expresión, con todas las consecuencias que eso implicaba, en forma de caricaturas y de editoriales incendiarios contra el régimen.

Frente a esta dominación ejercida por el Estado sobre la prensa, ¿cuál fue entonces la posición y la función del cronista? Este último no podía permitirse criticar demasiado el gobierno de Porfirio Díaz¹⁰ ya que estaba obligado a transcribir la

¹⁰ La mayor parte de intelectuales, artistas y cronistas se abstuvieron de oponerse al régimen de Díaz. En este sentido, Vicente Quirarte sostiene que los que no fueron favorecidos con un empleo en el Congreso debieron evitar las opiniones críticas. En cambio, los elogios y el apoyo al dictador fueron bien recibidos. Así, por ejemplo, en la *Revista Azul* del 16 de septiembre de 1894 fue publicada una dedicatoria especial, símbolo de la fidelidad a Porfirio

estabilidad social del país. En otras palabras, el cronista debía tanto mostrar las grandilocuencias de la burguesía mexicana –reflejadas por la vida moderna– como esforzarse por dar gusto al lector medio y a Díaz. Si antes el escritor disponía de libre arbitrio, desde ahora, como resultado del control ejercido por el régimen, debía aprender un nuevo papel: aprobar, corregir, aplaudir, acreditar las iniciativas del Estado encarnado en el presidente. En este sentido, el cronista interpretaba en la mayoría de sus relatos los paisajes urbanos y rurales. Deseaba dirigirse a las minorías de vanguardia al mismo tiempo que instruía a la mayoría empobrecida (Monsiváis, 2001: 25). Sin embargo, esta aparente preocupación por el destino de los desfavorecidos no era recurrente en muchos de los hombres de letras finiseculares; y si se retomaba, era con el fin de educar o moralizar al público.

Para muchos cronistas (como Manuel Gutiérrez Nájera, Amado Nervo, Heriberto Frías, Luis G. Urbina, Ángel de Campo, por citar algunos) redactar crónicas significaba describir las situaciones, los personajes, el entorno urbano, las costumbres mexicanas en comparación con otras extranjeras, las modas, los objetos modernos, entre otros. Ellos presentaban paralelamente el cosmopolitismo y el nacionalismo (que alimentaba el sentimiento patriótico) como garantes de la estabilidad social del país. La crónica representó la vida cotidiana como un reflejo de armonía, una realidad conveniente que no perturbaba ni criticaba al gobierno en turno. Uno de los objetivos del régimen, que oscilaba entre desarrollo y estancamiento, entre libertad y autoritarismo, fue mantener la paz costara lo que costara, sin preocuparse por tanto de la vida cotidiana de los mexicanos. Sobre este tema, Ángel de Campo redactó un texto que hacía referencia a la historia de la Santa de Cabora (Teresita Urrea, curandera milagrosa dotada de facultades únicas) y a la masacre de Tomóchic. En esta crónica, apoyaba la paz del país y no defendía a Urrea o a las comunidades que habitaban en el norte del país, a quienes aludía con desdén.

Urge una zarzuela por el estilo de *Miss Hehyett* para poner de bulto sus portentos [los de Teresa Urrea]; proporciona material para una tesis sobre las perturbaciones nerviosas en su relación con la imbecilidad de las masas y la falta de escuelas gratuitas, pero obligatorias en oscuras aldehuelas cercanas al Bravo y más en estos momentos en que esa doncella de Solomonville, Ariz[ona], vuelve a aparecer en escena, según leo en un telegrama, acompañada de dos periodistas, Lauro Aguirre y Flores Chapa, rumbo a Nogales, con

Díaz: "Y en esta semana de recuerdos magnos, une la *Revista* su voz para ofrecer su homenaje de respeto al Jefe de la Nación" (Quirarte, 2001: 314). Otro ejemplo es el periódico *El Imparcial* que, impulsado por su director Rafael Reyes Spíndola, publicó diversos artículos donde se alababa la figura de Díaz.

fuerza armada y con el fin poco tranquilizador de levantar una revolución contra el gobierno mexicano (Campo, 13 de marzo de 1896: 1).

La rebelión contra el Porfiriato en el norte de México indujo a Ángel de Campo a compartir –como en el caso de los fieles del dictador– la certeza que la Santa de Cabora era una sediciosa. Atribuía también la causa del conflicto a la ignorancia de la población y al chantaje ejercido por los estadounidenses en Teresa Urrea. Esto muestra el desinterés de numerosos escritores por los verdaderos problemas sociales que acosaban al país. Muchos de ellos se conformaban con admirar al dictador y acomodarse con su carácter de sabios frente al medio iletrado. La mayoría de los cronistas se situaron por encima de las masas empobrecidas y se contentaron en exaltar la figura de héroes potenciales o reales –no siempre los mejores líderes políticos–, basados en un reclamo de hombres nuevos, contra las viejas castas aristocráticas que alimentaban al personal de gobierno. Estos hombres de fin de siglo fueron “ambivalentes” ya que previeron el peligro del imperialismo, pero, al mismo tiempo, promovieron a Estados Unidos como modelo de progreso. Además, a pesar de sus esfuerzos por poner de relieve la figura de lo autóctono, terminaron idealizando a España. Según Carlos Real de Azúa, los cronistas aceptaron algunas tradiciones bárbaras y extrañas que incluso pudieron parecerles poéticas: “Es difícil saber hasta qué punto [...] eran conscientes de que con su postura validaban las peores tradiciones de brutalidad, fanatismo, codicia, odio y estúpida arrogancia, a las que parecieron ver como ‘hidalgas’, ‘románticas’, ‘poéticas’, e ‘ideales’” (Real de Azúa, *apud* Rotker, 1992: 87).

Los hombres de letras ejercieron poca influencia sobre el Estado, principalmente en relación con el poderoso grupo de los antiguos positivistas (los seguidores de Augusto Comte), llamados *los Científicos*, que rodeaban a Díaz. Éstos, influidos por una conciencia de casta, despreciaron a los pobres y prefirieron centrarse en las ventajas que su realidad les ofrecía. Desatendieron su función de intelectuales para consagrarse a asuntos comerciales y políticos. En lo que concierne a este aspecto, los cronistas finiseculares tenían una visión comparable a los románticos alemanes, es decir, sabían justificar las intenciones políticas de aquellos a quienes servían sin dominar precisamente el tema, pero empleando una gran habilidad para captar la novedad y parecer expertos (Gutiérrez Girardot, 1988: 169-171). En el caso de México, resulta arriesgado afirmar que los hombres de letras eran ignorantes de la realidad puesto que muchos de ellos eran lo suficientemente inteligentes para comprender la situación política o el estatus social en el que se encontraban. Se vieron en la encrucijada de elegir entre renunciar o continuar escribiendo, optar

por la creación literaria (poética, novelesca, teatral, etc.) o por el periodismo, o incluso, aspiraron a seguir ambos caminos, intentando preservar su creatividad.

Los escritores fueron entonces desplazados de sus funciones anteriores: a saber, sus colaboraciones en los asuntos del Estado (política y justicia). A algunos cronistas finiseculares no les quedó más que contentarse con el papel de “sacerdotes”¹¹ y centrarse entonces en asuntos artísticos y culturales para sobrevivir en el medio mercantil, en lugar de denunciar los abusos del régimen contra la población desfavorecida. Así, tuvieron que adaptar un estilo propicio para gustar a los lectores, así como temas apropiados que satisficieran sus propias exigencias éticas, respetando normas tácitas y gratas para el poder y sus representantes. En ocasiones, los escritores tuvieron que disimular “el carácter ansioso”¹² de sus creaciones.

¿Podemos decir, entonces, que los autores se mantuvieron alejados de temas políticos? La política formó parte de los temas abordados por los literatos –por ejemplo, los escritos de Gutiérrez Nájera, De Campo, Tablada, Darío, Asunción Silva, Lugones, etcétera–, mas ya no trataron lo que Jürgen Habermas llama la “publicidad de la superestructura jurídico-política o *res publica* para cuidar el bien común” (Habermas, *apud* Rotker, 1992: 66). Además, los escritores, más que abordar los temas políticos, se conformaron con integrar el discurso político en sus textos, participando así de una especialización de los discursos. Dicho de otro modo, procedieron poco a poco a una diferenciación discursiva, aunque muchos de los ensayos (sobre todo de los escritores modernistas, véase por ejemplo el texto *Nuestra América*, de José Martí) alimentaron “la autoridad política de la representación literaria” (Rotker, 2005: 63).

El régimen de Díaz logró reunir a los intelectuales de prestigio, permitiéndoles adquirir, gracias a sus colaboraciones en la prensa, a la vez un estatus y un reconocimiento social o autorizándoles el acceso a las funciones públicas. El gobierno estableció un sistema de selección que recompensaba a los intelectuales dispuestos a participar en su juego político. Los escritores fueron, pues, según Emmanuel Carballo, “esclavos de su trabajo”, pero mediante el cual pudieron aspirar a compensaciones no despreciables. Eran conscientes de haberse convertido en los educadores de la sensibilidad, incluso de ser los guías de la imaginación de una gran parte de la

¹¹ Según Ángel Rama, los escritores del final del siglo XIX se asumieron como sacerdotes de un espacio espiritual que estaba a punto de desaparecer frente a los progresos de la modernización racionalizadora. En otros términos, muchos de ellos buscaron un refugio privado, una posibilidad de trascender la función social a la que se hallaban reducidos como consecuencia de la división del trabajo (Rama, 1970: 49-68).

¹² Catherine Raffi-Bérout retoma el concepto de Henri Laborit. Ella precisa que el carácter ansioso califica cualquier factor (emocional, artístico, económico, político, etcétera) que lleva al sujeto receptor a experimentar ansiedad (Raffi-Bérout, 2001: 277-278).

clase acomodada del país y de ocupar un lugar central en la vida intelectual de su tiempo. Sin embargo, “no [pudieron] innovar demasiado; no [pudieron] apartarse en forma excesivamente radical o brusca del lector medio” (Carballo, 1991: 125); los grandes virajes literarios quedaron reservados a los escritores independientes.

El literato era percibido, por un lado, como un desempleado potencial, un “inútil”, un “bohemio” y un rebelde al trabajo alienante que sólo le reportaba un beneficio material (Clark de Lara, 1998: 56-57). Por otro lado, era considerado como privilegiado por la clase dirigente, ya que tenía acceso a los empleos reservados a una élite (por ejemplo, la diplomacia) que recompensaba su lealtad política y sus facultades intelectuales. Entre estos fieles del Estado, citemos a Amado Nervo, quien representaba la triple sumisión del intelectual al *establishment*: al Estado en tanto que diplomático, a los intereses políticos y económicos de los propietarios de los periódicos y a los gustos de la burguesía mexicana.

¿Cuál fue precisamente la posición social del escritor, más allá de estas consideraciones de lujo, de reconocimiento, de inteligencia, etcétera, por parte de la sociedad porfiriana? El escritor de este periodo ocupaba un lugar social estructuralmente contradictorio. En otros términos, se situaba en la clase cultivada y dominante ya fuera por parentesco, estilo de vida o acceso a los conocimientos. Sin embargo, no pertenecía concretamente ni a la oligarquía minera, agropecuaria o industrial, ni a la clase alta de la sociedad urbana dedicada al comercio, ni a la Iglesia o a la armada (Rotker, 2005: 73). Esta ambigüedad tuvo como resultado condenar al hombre de letras a ocupar diversos tipos de empleo, a practicar un patriotismo burocrático, a profesar el apoliticismo y a optar por el papel de funcionario elegante o de decadente subsidiado.

Por otra parte, el final de la centuria trajo consigo un cambio en los intereses de los cronistas que buscaron insertarse en una sociedad donde la ley de la oferta y la demanda era primordial. Se vieron forzados, en cierta medida, a satisfacer las nuevas demandas del mercado literario y a refugiarse en su mundo interno para poder producir sus textos en conformidad con su idealismo. Frente a la presión del periodismo mercantil, los cronistas se vieron obligados a buscar recursos literarios atractivos, con argumentaciones que combinaban a la vez la persuasión y la estrategia de venta. Así, la entrada de los periódicos en la era capitalista de la información, aunado a la profesionalización y a la inserción de algunos escritores en los medios de comunicación, favorecieron la actividad de la prensa, así como la exactitud de las noticias difundidas y la búsqueda de la objetividad del relato.

Según Alexis Grohmann, esta metamorfosis del periodismo provocó una “despersonalización” del cronista y la delimitación de las formas de tratar la información

(Grohmann, 2005: 3). La necesidad de distinguir las diferentes voces narrativas empleadas por el escritor se dejó sentir a medida que la despersonalización y la especialización del producto periodístico se imponían. El hombre de letras utilizaba los acontecimientos recientes y se refería a su subjetividad (su yo y su experiencia personal) porque el lector prefería la personalidad que el anonimato. Por esta razón, la crónica de fin de siglo se mantuvo distanciada de “la externidad de las descripciones”, defendiendo el yo del sujeto literario y el derecho a la subjetividad (Rotker, 1992: 133). Los cronistas acentuaron el subjetivismo de la mirada y (re) escribieron los hechos para diferenciarse de los *reporters*.

Sin embargo, pese a la voluntad de algunos escritores de conservar la subjetividad, la personalización y la autonomía frente a las presiones ejercidas por el periodismo, debieron revisar su concepción del relato y, en particular, de la crónica. La crónica se convirtió así en el espacio de convergencia de diferentes intereses: los del editor (quien buscaba aumentar la distribución y venta del periódico), los del autor (que anhelaba un salario y un reconocimiento por sus escritos) y los del público (que veía en el periódico un escaparate de la realidad). A pesar de estas disposiciones, algunos cronistas pudieron encontrar en este género un espacio que se alejaba de la lógica del comercio para criticar los defectos de la sociedad burguesa y presentarse como visionarios del futuro. En general, se referían al presente, pero disociándose del pasado reciente; privilegiaban la imaginación visual, la cercanía con la naturaleza y las referencias mitológicas, todo filtrado por sus propias ambivalencias como católicos en el periodo del cosmopolitismo y la secularización. Los escritores pudieron consagrarse a la prosa y a la poesía, empleando un estilo rico y recurriendo a una escritura cuidadosa. Retocaron su lenguaje e incluso introdujeron su propia persona como protagonista de sus narraciones –aunque usaron en muchos casos seudónimos para firmar sus textos– para comunicar su punto de vista y acercarse al lector.

La crónica, en efecto, abrió un camino clave en el esquema de producción y de recepción, así como una ruptura con lo que parecía destinado solamente al placer y al lujo. Se convirtió en un espacio abierto a la intervención de discursos que pugnaban por imponer su principio de coherencia. Así, en este género se entrecruzaron el discurso “prosaico” y el “antiestético” recién emergidos en la cotidianidad urbana y en la ciudad moderna. Si bien la figura del cronista finisecular, en cuanto intelectual, no tuvo la misma significación que en Francia con el *affaire* Dreyfus, ni ocupó las mismas funciones estatales que Domingo F. Sarmiento o Andrés Bello, sí logró formular a través del periodismo reflexiones críticas sobre la organización social y sus valores; y además, renovó la lingüística y la sintaxis del español. El periodismo obligó a los literatos a salir

de su “torremarfilismo” y elaborar un discurso literario que se apegaba más a referir y pensar el acontecer cotidiano. Los cronistas sentaron las bases de lo que primero Fernando Ortiz y luego Ángel Rama calificaron de “fenómeno de transculturación” (Rotker, 1992: 89-90), es decir, intentaron de apropiarse de diversos dominios culturales y de diferentes géneros; tal apropiación trastornó el orden literario oficial.

CONCLUSIÓN

A modo de conclusión, podemos precisar que los escritores finiseculares debieron adaptarse a un nuevo contexto social, político, económico y cultural. Comprendieron que, para seguir escribiendo y mantener su estatus, una de las pocas posibilidades que se les ofrecía era integrarse al periodismo. Es decir, la literatura (el discurso y la producción literarios) vio en la prensa una forma de institucionalizarse, al mismo tiempo que de preservarse y de difundirse.

La prensa se convirtió entonces en una especie de plataforma donde los escritores difundieron sus textos. Sin embargo, estos debieron adaptarse, metamorfoseándose en periodistas, respetando las normas que esos medios de comunicación imponían. Estos intelectuales estaban obligados a abordar temas relativos, en particular, a la organización social, los acontecimientos políticos, económicos, morales y culturales. Debieron mantener el ritmo de las publicaciones; en otras palabras, debieron escribir rápidamente, en la urgencia. Debieron optar por un estilo de escritura que les permitiera dirigirse o atraer a un público más amplio.

Estos literatos encontraron, en efecto, un lugar dentro de la corporación periodística donde pudieron alimentar su escritura creativa. Vieron entonces en el género de la crónica una herramienta que les permitiría concentrarse, por un lado, en una escritura de tipo artística y, por otro, en una escritura de tipo circunstancial. Finalmente, la crónica representó para los literatos un espacio de preservación de su subjetividad, de su personalidad, de su autonomía.

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA MONTORO, José, 1973, *Periodismo y literatura I*, Madrid, Guadarrama.
- CAMARILLO, María Teresa, 2005, “Los periodistas en el siglo XIX. Agrupaciones y vivencias”, en Belem Clark de Lara, y Elisa Speckman Guerra (eds.), *La República de las*

- Letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. Volumen I: Ambientes, asociaciones y grupos. Movimientos, temas y géneros literarios*, México, UNAM.
- CAMPO, Ángel de, 19 de mayo de 1901, “Semana Alegre”, en *El Imparcial. Diario de la mañana*, México.
- , 13 de agosto de 1899, “Semana Alegre: Papel onomástico de los *reporters*.—El dulce afecto a los animales.—Cuestión pellaguda”, en *El Imparcial. Diario de la mañana*, México.
- , 13 de marzo de 1896, “Locura y santidad”, en *El Universal*, México.
- , 5 de marzo de 1896, “Apuntes literarios”, en *El Universal*, México.
- , 14 de febrero de 1896, “¿Ateneos?”, en *El Universal*, México.
- , 2 de febrero de 1896, “El Duque Job”, en *Revista Azul*, México.
- CARBALLO, Emmanuel, 1991, *Historia de las Letras Mexicanas en el siglo XIX*, México, Universidad de Guadalajara/Xalli.
- CASTAÑÓN, Adolfo, 1993, *Arbitrario de Literatura Mexicana. Paseos I*, México, Editorial Vuelta: La Reflexión.
- CLARK DE LARA, Belem, 1998, *Tradición y modernidad en Manuel Gutiérrez Nájera*, México, UNAM: Instituto de Investigaciones Filológicas.
- DARÍO, Rubén, 1950, “La prensa y la libertad”, *Obras completas*, Madrid, Editor Afrodisio Aguado.
- GONZÁLEZ, Manuel Pedro, 1951, *Trayectoria de la novela en México*, México, Botas.
- GONZÁLEZ NAVARRO, Moisés, 1957, *Historia moderna de México. El Porfiriato. La vida social*, México, Hermes.
- GRAMSCI, Antonio, 1978, *Cahiers de prison*, tomo 3 (cuadernos 10 a 13), París, Gallimard.
- GROHMANN, Alexis, 2005, “La escritura impertinente”, en *Ínsula: Revista de letras y ciencias humanas*, núm. 703-704, Madrid, Espasa-Calpe.
- GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael, 1988, *El modernismo. Supuestos históricos y culturales*, 2ª ed. corregida, México, FCE.
- , 1987, “La literatura hispanoamericana de fin de siglo”, en Íñigo Madrigal, Luis (coord.), *Historia de la literatura hispanoamericana. Tomo II: Del neoclasicismo al modernismo*, Madrid, Cátedra.
- GUTIÉRREZ NÁJERA, Manuel, 2003, “La protección a la literatura”, en *Obras*, estudios y antología general de José Luis Martínez, México, FCE (Letras mexicanas).
- , 1943, *Obras inéditas: Crónicas de Puck*, Nueva York, edición de E. K. Mapes, Hispanic Institute.

- JIMÉNEZ, José Olivio, 1987, “El ensayo y la crónica del modernismo”, en Iñigo Madrigal, Luis (coord.), *Historia de la literatura hispanoamericana. Tomo II: Del neoclasicismo al modernismo*, Madrid, Cátedra.
- MONSIVÁIS, Carlos, 2001, *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*, decimocuarta reimpresión, México, Era (Crónicas).
- ORTIZ MONASTERIO, José, 1996, “La literatura como profesión en México en el siglo XIX”, en Bache C., Yolanda, Bustos T., Alicia *et al.* (eds.), *Memoria del coloquio internacional Manuel Gutiérrez Nájera y la cultura de su tiempo*, México, UNAM: Instituto de Investigaciones Filológicas.
- PÉREZ GAY, Rafael (sel. y pról.), 1996, *Manuel Gutiérrez Nájera*, México, Cal y Arena (Los imprescindibles).
- QUIRARTE, Vicente, 2001, *Elogio de la calle. Biografía literaria de la ciudad de México 1850-1992*, México, Cal y Arena.
- RAFFI-BÉROUD, Catherine, 2001, “Heriberto Frías o el escritor en la encrucijada: ¿Avenida o bulevar de la prensa?”, en Olea Franco, Rafael (ed.), *Literatura mexicana del otro fin de siglo*, México, El Colegio de México: Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios.
- RAMA, Ángel, 1970, *Rubén Darío y el modernismo (circunstancia socioeconómica de un arte americano)*, Caracas, Ediciones de la Biblioteca/Universidad Central de Venezuela.
- RAMOS, Julio, 2003, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, 1ª reimpresión, México, FCE.
- ROTKER, Susana, 2005, *La invención de la crónica*, introducción de Tomás Eloy Martínez, México, FCE/Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano.
- _____, 1992, *Fundación de una escritura: Las crónicas de José Martí*, La Habana, Casa de las Américas.
- RUFFINELLI, Jorge, 25 de octubre de 1985, “La crónica como práctica narrativa en México”, en *Sábado*, suplemento de *unomásuno*, 472, México.
- SIERRA, Justo, 1948, *Obras completas*, tomo VI, *Viajes. En tierra yankee*, México, UNAM.
- TOUSSAINT, Florence, sep.-oct. de 1988, “La prensa y Don Porfirio”, en *Revista Mexicana de Comunicación*, núm. 1, México, Fundación Manuel Buendía.